
Los libros del Ateneo

Susana Quintanilla*

A la memoria de Guillermo Bonfil

Presentación

Amigos entrañables desde su juventud, Julio Torri y Alfonso Reyes sostuvieron durante casi medio siglo (1910-1959) una esporádica, aunque constante, correspondencia.¹ El periodo más intenso de este intercambio epistolar coincide con una de las épocas de mayor amargura y desesperanza de sus protagonistas: 1913-1918.² Con el transcurrir de los años las cartas irían haciéndose menos frecuentes e íntimas; más solemnes. El tono empleado en ellas, sin embargo, fue siempre cordial. Nada, ni siquiera las malas lenguas, había logrado fracturar una complicidad forjada en la lucha cotidiana por escribir. En sus confesiones mutuas sólo cabía el halago, que no adulación, y el apego del uno por el otro.³ Los días, la fatiga y la disparidad de los caminos tomados erosionaron el diálogo amistoso, pero éste se mantuvo vivo pese a las distancias geográficas y emocionales.

En 1959, tres meses antes del fallecimiento de Alfonso, el coloquio entre los amigos sería definitivamente clausurado. El motivo de esta ruptura fue un libro. Reyes publicó una cita en la que culpaba a X del robo de un texto. Torri supuso que X era él y envió una airada nota a

su antiguo confesor.⁴ De nada valieron las disculpas de Reyes y su disposición para aclarar públicamente el asunto.⁵ Torri reaccionó con la furia de quien se siente víctima de una acusación que él mismo venía haciendo desde tiempo atrás:

Me pregunta [Julio Torri] si sigo yendo al Colegio de México (Plaza Río de Janeiro); manda saludar como siempre a don Alfonso Reyes, con quien ya ni por teléfono se habla (alguna vez *musho* se escribieron). Me recuerda por enésima vez que le pida a Alfonso en su nombre —en nombre de su hermano “*El Diablo*” algunos libros que un día (30 o 40 años) le confié. Le respondo lo mismo, que Alfonso dice no tenerlos, que en todo caso se los pida a Toño Castro Leal. Don Julio se sube al camión refunfuñando: Así se hicieron las grandes bibliotecas. Mis libros han de estar en más de algunos de sus atiborrados plúteos.⁶

Habrá quien considere que estos enredos en torno a unos cuantos libros no pudieron ser causa suficiente para deshacer una relación que había sobrevivido tanto a los éxitos como a los fracasos. Otros atribuirán la ruptura a las manías de dos hombres en el cenit de su vida. Que en medio de este suceso estaban en juego

* Investigadora del Departamento de Investigaciones Educativas del CINVESTAV-IPN.

actitudes obsesivas es algo que nadie puede poner en duda. Se trata, sin embargo, de obsesiones desarrolladas a lo largo de trayectorias individuales y colectivas en las que el libro, su lectura, colección y posesión, desempeñó un papel protagónico. Los libros, los escritos y los leídos, los de cabecera y los de relleno, fueron personajes centrales en la historia intelectual de la generación del Ateneo y en el drama íntimo de muchos de sus miembros. El amor y el poder eran circunstanciales; las ideas no.

Para los ateneístas, los libros fueron no sólo instrumentos de placer y herramientas de trabajo, sino motivo de fetichización y símbolo de poder. Julio Torri hizo circular la noticia de que tenía un poemario de Amado Nervo empastado con un retazo del vestido nupcial de su madre. Nadie hasta ahora ha podido comprobar la existencia de aquel volumen supuestamente encuadernado con piel de mujer.⁷ Su colección de textos eróticos, epígrafes y figurillas pornográficas fue objeto de curiosidad y deseo de varias generaciones de escritores. Tanto, como el monumental acopio de Alfonso Reyes, en cuya capilla están los indicios más claros de una vida dedicada a las letras: las ediciones favoritas, las notas y los comentarios, las dedicatorias. La biblioteca de José Vasconcelos, deshecha y vuelta a hacer, vagabunda, corrió con la misma suerte que su colector. Muy distinto fue el destino de la colección atesorada por Genaro Fernández MacGregor, quien halló cuatro momentos en el placer del bibliófilo: buscar el objeto en las librerías de nuevo o de viejo, leerlo con el lápiz en la mano para subrayar, anotar o copiar pasajes y guardarlo en el lugar preciso. El cuarto tiempo es el que experimentan los herederos cuando se deshacen de su molesto patrimonio por un precio vil.⁸

El que los ateneístas concedieran tanta importancia a los libros no debería sorprender: en buena medida, su existencia fue una batalla continua con la palabra escrita, elemento básico en el desarrollo de su visión de la realidad y de las maneras de relacionarse con ella. Estas luchas con la letra impresa parecen insig-

nificantes frente a las proezas del Ateneo en la academia, la literatura, la política o el amor. El análisis del qué y cómo leían estos hombres, sin embargo, nos dice más acerca de cómo pensaban que un recuento detallado de sus vidas. "Si pudiéramos comprender la historia de la lectura [afirma Robert Darnton]... podríamos empezar a penetrar en el profundo misterio de cómo la gente se orienta en el mundo de los símbolos que le ofrece su cultura."⁹

El mismo Darnton alerta sobre las dificultades que implica reconstruir la experiencia de la lectura. No podemos mirar sobre los hombros de nuestros antepasados ni interrogarlos acerca de lo que sentían o ideaban al leer. Sólo nos queda confiar en sus testimonios escritos, dispersos en autobiografías, cartas y diarios, y aventurarnos a sugerir hipótesis. Aun con estas limitantes, son tantas las incógnitas por resolver que es necesario hacer recortes. Debido a ello, en este ensayo sólo me ocupé de cuatro miembros del Ateneo (Fernández MacGregor, Henríquez Ureña, Reyes y Vasconcelos)¹⁰ y de una etapa de su vida: aquella que va desde su primera infancia hasta el año de 1910.¹¹ Se trata de individuos excepcionales en una sociedad en la que la lectura era privilegio de unos cuantos, de ningún modo representativos de la gente común de aquella época. Su estudio permite, más que un tratado sistemático sobre el tema, entrever los procedimientos que se seguían para el aprendizaje de la lectura, las formas de leer, los gustos y las preferencias de los lectores y el uso que hacían de los libros.¹²

Lectura en familia

¿En qué momento y circunstancias surge en los sujetos la fascinación por los libros? ¿Dónde y cuándo nace el prolongado careo entre la palabra escrita y el lector? En los ejemplos que nos ocupan, dicho vínculo, indisoluble y perdurable, tuvo sus orígenes en la niñez,¹³ periodo durante el cual aprendieron a hacer del libro una herramienta de gozo... y de poder.¹⁴ El recuento de este aprendizaje habla mucho acer-

ca de las personas y su entorno, de cómo la gente del porfiriato organizaba la realidad en su mente e intentaba expresarla en su conducta. Y es que en aquel entonces la lectura era más que un placer solitario: era una especie de ejercicio espiritual dirigido a instruir para la vida y enfrentarse a los reclamos de la sociedad.

A finales del siglo XIX y principios del actual, se dio en México una creciente preocupación por cómo enseñar a leer y escribir. Métodos, prácticas y materiales de enseñanza fueron discutidos, en el marco del debate en torno a la educación nacional. Fue una “época de oro” para la pedagogía mexicana, con personalidades de la talla de Sierra, Laubscher, Rébsamen y Torres Quintero.¹⁵ Fue también un tiempo decisivo en el desarrollo de la escuela y la cultura de la palabra escrita.¹⁶ En este contexto, el tema de la literatura infantil comenzó a ponerse de moda. El niño empezaba a ser reconocido como un lector especial que requería de textos adecuados a su mente y sus necesidades.¹⁷ En su afán por crear una épica patria a través de la cual la población adquiriría un “espíritu cívico”, la vieja guardia liberal tuvo como prioridad la elaboración de materiales de lectura para los futuros ciudadanos.¹⁸ Preocupada por la “intemperancia en el escribir... y la difusión entre la muchedumbre de malos libros”, la Iglesia Romana redobló sus esfuerzos para combatir la impiedad mediante la difusión de obras acordes con la doctrina cristiana.¹⁹ No menos valiosa fue la labor de fomento a la lectura impulsada por la Iglesia Protestante en algunas regiones del país.²⁰

La inquietud por estimular en los menores el contacto con los libros, dirigir sus incursiones por el mundo de lo escrito, vigilar sus lecturas y hacer de éstas una fuente para el progreso del intelecto y de la moral así como una guía para el actuar, estaba presente en las familias con suficientes recursos como para plantearse este tipo de preocupaciones. Estimulados por la importancia que día con día cobraba la imprenta, los padres de familia se afanaban por introducir a sus hijos en el uso del abecedario. Algunos seguían los consejos

pedagógicos de los educadores en boga;²¹ otros, los más, recurrían a las prácticas con las que ellos habían sido educados. Esto favoreció la reproducción de viejos hábitos de lectura, muchos de ellos propios de la época en la que el público tenía acceso a muy pocos libros y los leía una y otra vez, meditándolos en silencio o leyéndolos en voz alta con la familia o los amigos.²²

Dado que en aquel entonces era inusual escolarizar a los niños desde temprana edad, el aprendizaje de las letras ocurría en casa, bajo la tutela de la madre, de un pariente cercano o, más excepcionalmente, de un tutor. Existían lapsos fijos y lugares determinados para las lecciones, mismas que eran por igual motivo de temor que de diversión. El primer paso consistía en estimular la memoria mediante la repetición de canciones, rimas y trabalenguas. Considerada como el espacio para el “cultivo de las musas”, el lirismo y las “emociones del alma”, la poesía era altamente valorada en la enseñanza de la lectura y otras materias, como la historia.²³

Suspiraba el azteca infelice,
en su propia cabaña extranjero,
y mojaba con llanto el acero
que le impuso fatal opresión.

Mas el cielo miró sus pesares
y benigno escuchó su lamento,
y en Dolores de Hidalgo al acento
¡Libertad! ¡Libertad! Proclamó.

los buenos modales:

La generosa bondad
unida a la cortesía,
es, niños, la Urbanidad.
La Urbanidad es la guía
del hombre en la sociedad.
El niño bien educado
sigue siempre con cuidado
los preceptos que ella enseña.
El que sus reglas desdeña
es por todos despreciado.

y la religión:

Parece que contemplo
Señor, en este instante
tu célico semblante
que marchitó el dolor
y que la muerte pálida,
mirando tu amargura,
besa tu frente pura
temblando de pavor...²⁴

Los testimonios biográficos de los sujetos elegidos dan cuenta de la variedad de agentes y medios que intervenían en la enseñanza de las letras. Genaro Fernández MacGregor fue instruido por su tía Manuela, mujer devota y exigente para la que el conocimiento carecía de sentido de no ir acompañado de la fe y el buen actuar. Sus libros de textos fueron el imprescindible *Silabario de San Miguel*, el *Catecismo* del Padre Ripalda y el *Manual de Historia Sagrada* de Fleury.²⁵ Estas mismas obras formaron el primer panorama literario de José Vasconcelos, quien aprendió a leer y a rezar al propio tiempo bajo la estricta supervisión de su madre.²⁶ Según consta en el siguiente pasaje, la memorización repetitiva era esencial en el aleccionamiento de la lectura:

Recuerdo que en tres meses terminé el *Silabario*, sabiéndolo de cuerito a cuerito, como entonces se decía... Pasé inmediatamente al *Primer Libro de Lectura* de Mantilla, y después al *Segundo*, quedando ya en la posibilidad de leer cualquier cosa, no obstante que apenas tenía cinco años. También memoricé el Ripalda, desde el “Todo fiel cristiano...”, hasta “Los Misterios de la Fe” y el Fleury desde el “¿Quién hizo el mundo...?” para adelante. Tan viva fue la huella que estas materias imprimieron en mi memoria, que ...aún hoy puedo repetir páginas enteras del Ripalda.²⁷

La instrucción iba mucho más allá de las lecciones formales. En aquella época anterior

a la radio, las familias cultivadas encontraban en la lectura una forma de divertimento. Concluida la faena cotidiana, padres e hijos, a veces acompañados por familiares o amigos, organizaban tertulias en las que ponían en práctica diversas formas de aproximación y uso de la palabra escrita: representaciones dramáticas, lectura en voz alta o comentada, ejercicios de declamación, etcétera. Estas actividades, hoy casi en desuso, favorecían la formación literaria de los niños, misma que era un proceso “globalizador” que implicaba tanto el desarrollo de la percepción física —visual y auditiva— como de ciertas habilidades de actuación, habla y escritura. Ello estimulaba la fantasía de los niños, para los cuales no existían linderos fijos entre lo leído y la realidad; su imaginación se encendía de tal manera, que soñaban con transformarse en los héroes de sus lecturas. La identificación con los personajes era tan plena, que los pequeños lectores asumían temporalmente su personalidad.²⁸

La intensidad, los métodos y los contenidos de las primeras experiencias con la literatura variaban en función de las posibilidades económicas, los recursos literarios y las creencias —sobre todo estas últimas— de los mayores. Preocupada por el peligro que representaba el contacto con “herejes extranjeros”, Carmen Calderón, madre de José Vasconcelos, se afanó en inculcarle a su primogénito la “doctrina verdadera”, vacuna protectora contra el “ateísmo liberal” y la “herejía protestante”. Recurrió, para ello, a la pequeña biblioteca familiar, misma que contenía el *Catecismo* del Padre Ripalda, los *Dramas* de Calderón, un Balmes, un San Agustín y un volumen de Tertuliano. Más que diversión, la lectura era acto de fe, camino hacia la revelación de la verdad y una práctica para la lucha contra los demonios que acechaban a las almas infantiles. Quien poseyera la fe católica, pensaba doña Carmen, podía enfrentar hasta a los más sabios; sin ella, cualquier conocimiento resultaría inútil.²⁹

Las preocupaciones del padre de José Vasconcelos eran muy distintas a las de su mujer.

Más que el prejuicio católico, a él lo guiaba el orgullo patriótico, de modo que puso en manos de sus vástagos atlas y textos de historia y geografía. Asimismo, se encargó de narrarles épicos relatos acerca de la historia nacional, sus héroes y batallas.³⁰ De esta manera, José Vasconcelos fue haciéndose de una visión en torno a la trayectoria de México. Aunque mediada por todo tipo de lugares comunes acerca de la “barbarie” anglosajona, las proezas del liberalismo y el esplendor porfiriano,³¹ este sentimiento nacionalista le sería de gran utilidad para enfrentar los retos que implicaba el asistir a una escuela norteamericana.

El primer panorama literario de Alfonso Reyes fue diferente al de José Vasconcelos. En el hogar de los Reyes prevalecía la autoridad de don Bernardo, quien “hizo suyas, a la manera heroica de los liberales de su tiempo, todas las mayúsculas de entonces: el progreso, la perfección y la perfectibilidad del hombre”.³² Así como el clan Vasconcelos organizaba su rutina de acuerdo con el santoral, el de los Reyes seguía el calendario cívico. La lectura de las gestas bélicas, en las que el general Reyes encontraba ejemplos de honorabilidad, astucia y valentía, sustituyó a la del *Evangelio*. Alfonso vivió su niñez acompañado de una biografía de Napoleón impresa en París.³³ Bajo la tutela de su padre, quien tenía aficiones literarias y una bien surtida biblioteca, recitaba poemas románticos y leía en francés pasajes del *Telémaco*.

La ruta seguida por el dominicano Pedro Henríquez Ureña para ingresar al mundo de lo escrito fue, en muchos sentidos, excepcional. Su caso resulta impar para el estudio del impacto que tuvo el legado de la Ilustración en ciertos sectores de la intelectualidad caribeña. El influjo de dicha corriente sobre la poetisa Salomé Ureña y el doctor Henríquez, padres de Pedro, se manifiesta en el acuerdo que tomaron de dirigir por sí mismos, sin ayuda de escuelas ni tutores, la instrucción de sus hijos.³⁴ Una instrucción concebida como el cultivo del intelecto y de las emociones mediante el contacto cotidiano con el saber, el logro de la disciplina interna y el desa-

rrollo de una conducta beneficiosa para la sociedad.

Pedro Henríquez Ureña aprendió a leer guiado por su madre, en un ambiente familiar y social cultivado, abierto a los nuevos cauces de la cultura europea y, a la vez, guardián de las manifestaciones culturales del criollismo caribeño. La extensa y variada biblioteca de la casa era territorio libre hasta para los más pequeños, quienes compartían entre sí sus aficiones y logros. La lista de los libros que circulaban en el hogar de los Henríquez asombra por su número y variedad temática: desde tratados de zoología y matemáticas hasta las traducciones de Shakespeare, sin descuidar a los autores dominicanos de antes y del momento. Una anécdota refleja la amplitud de criterio con la que sus padres orientaban las incursiones literarias de los hermanos Henríquez Ureña: estimulados por haber visto en escena los dramas de Shakespeare, Max y Pedro fueron a la librería con el propósito de comprar las obras completas de este autor. El encargado del comercio se negó a venderles los textos, argumentando que aún no podían entenderlos. A la mañana siguiente, el doctor Henríquez acompañó a sus hijos y adquirió para ellos el preciado tesoro.³⁵

De hábitos y vicios

De entre los cuatro personajes aquí estudiados, José Vasconcelos es el que se asemeja con mayor fidelidad al prototipo del lector provinciano, autodidacta y desordenado, de finales del siglo XIX.³⁶ Durante su niñez y adolescencia estuvo condenado a leer al azar, en función de lo que había a su alcance, sujeto a lecturas cuya importancia solía sobrevalorar, algunas de las cuales ejercieron sobre él una enorme influencia. Si bien a los trece años de edad se vanagloriaba de ser el niño más leído de Piedras Negras, su horizonte literario era estrecho.³⁷ La biblioteca del Instituto de Campeche y después la del rector de dicha institución apenas sí lograron calmar su avidez, la avidez de un principiante que igual ha-

cía caso de las novelas románticas y de aventuras que de los manuales científicos, los tratados filosóficos y las obras religiosas.³⁸ Más tarde, ya en la Escuela Nacional Preparatoria, se entregaría sin reservas a la doctrina de Comte y al estudio de la ciencia.³⁹ Decepcionado por la “estrechez de miras” del saber científico, transitó hacia un terreno conocido desde su infancia, seguro y familiar, el de la metafísica, pero ahora de corte espiritista. La esperanza de encontrar lo perdido, el “principio sobrenatural que resuelve los problemas del más allá”, lo condujo al espiritismo en boga durante el cenit del porfiriato.⁴⁰

Los recuerdos de José Vasconcelos acerca de estas vivencias juveniles con libros son igual de amenos que aquéllos sobre asuntos amorosos y están tan salpicados de juicios como sus opiniones en torno a la Revolución. Pueden pecar de falta de objetividad, pero el que estén envueltos con ese ropaje emocional es sintomático de un hecho cierto: para Vasconcelos, el acto de leer, por más cotidiano y mecánico que fuese, era una actividad que ponía en juego los sentidos, las emociones, el intelecto y la imaginación del lector.⁴¹ *María*, de Jorge Isaacs, acompañó y dio sentido a su primer encontronazo con el sexo femenino; la poesía de Baudelaire guió sus incursiones por los bajos fondos de la capital. Agobiado por un febril amor que nunca llegó a la cama, sin dinero ni rumbo, encontró, entre “cantos de oro y percalina roja”, la *Divina Comedia*, cuya lectura le incitó a cambiar de vida:

Exaltado, interrumpía la lectura, poseído de un delirio ideológico. Con desdén apartaba la jerga filosófica de los contemporáneos, petulante y mezquina, incapaz de engendrar una concepción decorosa del mundo... Jirones, torbellinos de pensamiento, descendían, estremecían las fibras de mi conciencia, le restituían sus poderes motivos... Y hubiera querido tener poder para convocar a la ciudad con dianas y repiques, y una vez reunidas las gentes en las plazas y azoteas, pregonarles la buena nueva, el *leit motiv* dantesco.⁴²

Esta forma de leer, de apropiarse de los textos y hacer uso de ellos, recuerda en mucho al lector del romanticismo europeo, aquel que se entregaba a la lectura con desenfreno, sin distinguir la literatura de la realidad.⁴³ Pero José Vasconcelos agregaba a esto algo más, sin duda producto de su herencia religiosa. Cuando leía, ejecutaba un acto litúrgico, mismo que seguía un orden ritual. Las bibliotecas eran para él santuarios que le desataban turbaciones parecidas a las que le producían las iglesias. El relente de los viejos infolios sustituía al incienso, mientras que la manera de ensanchar el alma con los libros se asemejaba al despliegue de la oración. Los adornos de las salas eran equivalentes a las imágenes de los templos y la búsqueda del libro adecuado simulaba la confesión. Finalmente llegaba el momento pleno de la comunión, del enlace sin mediaciones con el saber.⁴⁴

Es probable que con este ritual José Vasconcelos reviviera la práctica de lectura religiosa aprendida durante su infancia. Logró escabullirse de la tutela materna en cuanto a la selección de los textos, aunque no en lo relativo al propósito de la lectura: captar sin intermediarios la Palabra de Dios. De aquí, quizá, su preferencia por la literatura religiosa y filosófica, así como su desinterés, incluso desprecio, por la de ficción. A diferencia de esta última, la primera no busca el favor de quien la lee; su objetivo es dominarlo y transmitirle la verdad oculta, lo que exige enfrascarse en los detalles y leerlos una y otra vez.⁴⁵

Genaro Fernández MacGregor, a diferencia de José Vasconcelos, gozó los privilegios que traía consigo el pertenecer a la clase media urbana. Gracias a ello, tuvo acceso a un variado repertorio de lecturas, muy similar al de cualquier niño medianamente cultivado de la época previa a la televisión: cuentos de hadas y de animales, fábulas clásicas, folletos, libros religiosos, antologías poéticas y novelas de aventuras y de amor.⁴⁶ En Mascarones, residuo de la educación jesuita, aprendió latín e italiano, llaves para la lectura de los clásicos, y estudió escolástica e historia universal.

La variedad de géneros, autores y campos del saber de este inventario refleja el éxito alcanzado por la imprenta y las redes de distribución editorial en algunos sectores urbanos de la sociedad porfiriana. Como muchos otros miembros de aquella emprendedora clase media que dejó el campo en busca de mejores oportunidades,⁴⁷ el padre de Genaro Fernández MacGregor, ingeniero de minas y topógrafo, creía en el poder de la educación y de la letra impresa, de modo que no escatimaba recursos para la compra de libros. Sus gustos se acomodaban al mercado de consumo de aquel tiempo, mismo que, sin dejar del todo la lectura de las obras religiosas, comenzó a demandar textos técnicos y de ficción.⁴⁸

El ejemplo de Genaro Fernández MacGregor sugiere que para el ocaso del siglo XIX se había fracturado, por lo menos en ciertos núcleos urbanos, la tradición de adentrar a los niños desde temprana edad en el uso de los libros “para mayores”.⁴⁹ De hacer caso a sus memorias, habría que destacar el enorme peso que comenzaba a tener la literatura dirigida especialmente a los niños y los jóvenes: desde los cuentos de Perrault hasta las novelas de Julio Verne, pasando por la historia de *Azabache*, los álbumes ilustrados, las “lecturas selectas” y las vidas ejemplares de los santos. Mayor novedad aún era el consumo de las obras de ficción, en particular de las novelas de aventuras, en lugar de las historias de viajes o las enciclopedias científicas. Durante un largo periodo, Fernández MacGregor vivió cautivado por las novelas de Verne, mismas que le abrieron “mundos maravillosos” y “amables fantasías” y a través de las cuales obtuvo sus primeras nociones de geografía e historia natural.⁵⁰

Si bien es cierto que este tipo de textos no tenían fines didácticos —su principal objetivo era “divertir”, “distraer”—, su lectura constituyó una fuente para la educación sentimental e intelectual de toda una generación. Muchos de sus triunfos eran producto de la mojigatería y la intolerancia del medio, que dejaba en boca de la literatura el tratamiento de los temas prohibidos y acallaba con sermones los deseos

y las angustias de los adolescentes. Ello estimuló el apetito literario de los jóvenes, que se debatían entre el amor platónico de Dante por Beatriz, el romanticismo de María y Efraín y las tentaciones carnales de sus primas o vecinas. Fue tanta la influencia de la novela, que no faltaron quienes denunciaron sus “efectos devastadores” sobre una juventud “carente de guía moral”.⁵¹

Las distancias culturales entre José Vasconcelos y Genaro Fernández MacGregor no eran insalvables. Ambos fueron formados dentro de la tradición religiosa⁵² y tuvieron que recurrir a la autodidáctica para superar, o por lo menos mitigar, las carencias de una educación convencional y católica, poco apta para el desarrollo de la crítica. Pedro Henríquez Ureña, en cambio, recibió una instrucción laica, esmerada y tempranamente dirigida hacia el cultivo del intelecto. El doctor Henríquez, convencido liberal y patriota al mejor estilo decimonónico, favoreció el interés de sus hijos por las artes, mismo que fue estimulado, con su ejemplo y magisterio, por Salomé Ureña, poetisa nacional.⁵³ Los dos formaron parte de la Sociedad de Amigos del País, cuya activa labor en la cultura y el sistema escolar de Santo Domingo alcanzó su apogeo en 1880, bajo la protección de Eugenio María de Hostos.⁵⁴ Este grupo forjó las normas e instituciones en las que Pedro Henríquez Ureña comenzaría su carrera. El espíritu tradicional reinaba aún en el campo filosófico, mientras que en el literario comenzaba el gobierno del modernismo. Si bien la doctrina de Comte ganaba terreno, aún prevalecía la enseñanza humanista, orientada hacia la cultura española del Renacimiento y el Siglo de Oro.⁵⁵

En sus evocaciones, Max Henríquez Ureña describe a Pedro como un niño adusto, dedicado a la lectura, la recopilación de textos, el estudio de las ciencias y el escribir.⁵⁶ De ser esto verdad, nos enfrentamos a un caso único, no tan prodigioso como parece a primera vista, en el que se dio el encuentro entre el descubrimiento temprano de una vocación y el despliegue de las habilidades para desarrollarla. Estas últimas incluyen no sólo la capa-

cidad de leer, sino la posesión de un bagaje cultural amplio que permita la "lectura informada" de los textos y su valoración crítica.⁵⁷ Más allá de las diferencias o similitudes de temperamentos, el dominio de este capital por parte de Pedro Henríquez Ureña fue lo que definió tanto su frialdad para con José Vasconcelos como su simpatía hacia el joven Alfonso Reyes.

Pedro Henríquez Ureña aprendió a leer con la "pluma en la mano", guiado por intenciones que trascendían la búsqueda de distracción o de la enseñanza moral. Aún niño, editó una hojita, intitulada *La Patria*, en la que reproducía poemas de autores dominicanos, prologados con comentarios personales. Más tarde, en Puerto Plata, refugio de la familia perseguida por el dictador en turno, participó tanto en la sociedad literaria infantil "El Siglo Veinte" como en las veladas en el plantel de una conocida maestra.⁵⁸ Es de suponerse que en estas tertulias Pedro recibía el consejo y la crítica de quienes lo aventajaban en edad y experiencia.

Al concluir el exilio, primero de una larga serie, Pedro Henríquez Ureña se entregaría de lleno a sus aficiones literarias, en un ambiente político y cultural favorable para ello. Dedicado de tiempo completo al estudio, colaboró en algunas revistas locales y se integró al salón de lecturas de las hermanas Feltz, discípulas de Salomé Ureña. Ahí, entre amigos, en un clima de tolerancia donde no había docentes, pero sí diálogo, se leía y comentaba a los clásicos, a los maestros españoles, la novela francesa, la obra de Tolstoi, la de D'Annunzio, los dramas de Hauptmann y de Sudermann, la literatura escandinava y, en especial, el teatro de Ibsen, cuyo "apasionado culto" era el alma de las reuniones.⁵⁹

Cuando partió a Nueva York, en 1902, Pedro Henríquez Ureña dejó atrás un país próximo al desmoronamiento y una juventud agobiada por problemas interiores. Mientras los aires políticos favorecieron al padre, se dedicó de nueva cuenta a lo intelectual y artístico. En 1902, los vientos cambiaron de rumbo y tuvo que conseguir un modesto empleo. Pronto alcanzaría a su familia en La Habana, donde

publicó los trabajos que lo dieron a conocer como ensayista.⁶⁰ Hostigado por el medio y buscando "progreso e independencia" partió hacia México.⁶¹ Tenía entonces veintiún años, dominaba el inglés, había aprendido nociones de latín y griego, sabía francés e italiano, daba la impresión de haberlo leído todo y poseía una férrea disciplina personal.⁶²

Aunque abierto a los encuentros azarosos, Pedro Henríquez Ureña leía en forma ordenada, ciñéndose a los implacables programas de estudio que solía hacer para sí mismo y los demás. En sus travesías por los libros, José Vasconcelos adoptaba el papel de viajero arrebatado por los nuevos paisajes; Henríquez Ureña, en cambio, viajaba de acuerdo con un itinerario fijado de antemano. Recorría los textos con la mirada inquisitiva del especialista, escudriñando detalles, informándose acerca de los autores, tomando notas para sus futuros escritos, sin dar concesiones a la espontaneidad ni la emoción. En poesía, privilegiaba a D'Annunzio sobre sus "decadentes hermanos", los modernistas franceses. En el campo de la novela y dramaturgia prefería a los autores ingleses: Oscar Wilde, Arthur W. Pinero y Bernardo Shaw. De la literatura hispanoamericana favorecía a los poetas del modernismo, aunque sin compartir su decadencia, "síntoma alarmante de un desfallecimiento moral", ni su desesperanza hacia el futuro.⁶³ Y es que Pedro Henríquez Ureña, siempre cuidadoso en sus opiniones literarias, juzgaba el mensaje de las obras tomando partido por la rectitud, la sobriedad, la disciplina y el equilibrio en contra de los desbordamientos del alma y los llamados del sentir. Recurría, para ello, a los parámetros aprendidos durante su infancia, ya que, como él mismo reconoció, mientras en el plano intelectual encontró nuevos parajes, en el orden moral no pudo transgredir el cerco familiar.⁶⁴

Es común entre los exégetas e historiadores del Ateneo equiparar la trayectoria personal de Alfonso Reyes con la de Pedro Henríquez Ureña y poner a ambos como ejemplo de la precocidad, la erudición y el rigor académico que, según su perspectiva, caracterizaron a

esta pléyade intelectual. Quienes así piensan, han aceptado sin cuestionar la imagen que proyectó Alfonso Reyes de sí mismo como un niño educado dentro de un ambiente literario, con una "infancia estudiosa", tempranamente decidido a hacer de las letras su profesión.⁶⁵ En sus ensayos autobiográficos solía sobrevalorar el temperamento artístico de don Bernardo, quien fuera mecenas de músicos, poetas e historiadores. Asimismo, gustaba de listar los títulos y las ediciones de la biblioteca paterna y describir aquellas tardes en las que el general compartía con él sus aficiones literarias.⁶⁶

Es cierto que la experiencia de Alfonso Reyes con la cultura escrita fue más rica que la de otros niños del norte del país también provenientes de aquellas familias que habían forjado poder y fortuna con las armas en las manos. Su nivel cultural aventajaba, por ejemplo, al de Nemesio García Naranjo, su paisano y futuro discípulo del Ateneo.⁶⁷ Ello no debería llevar, sin embargo, a enaltecer la ya de por sí mitificada imagen de Alfonso Reyes, en cuyos documentos personales hay indicios de una soterrada lucha en contra del medio familiar para hacer valer su interés por las letras y remontar las deficiencias de su primera formación.⁶⁸ La conocida anécdota de Alfonso niño leyendo a Pérez Galdós "bajo la inmensa mesa familiar y escondido bajo... generosos manteles"⁶⁹ ilustra las dificultades a las que se enfrentó en el transcurso de esta pugna.

Alfonso Reyes pasó de las colecciones de cuentos clásicos a las primeras lecturas "serias": el *Quijote*, las novelas de Víctor Hugo, la *Divina Comedia*, el *Orlando furioso*, los *Cantares* de Heine, *Espronceda* y los *Episodios nacionales* de Galdós.⁷⁰ Vista desde el presente, un presente más alfabetizado pero menos literario que el ayer, esta relación de textos puede tomarse como muestra de una precoz erudición. En aquel tiempo, sin embargo, era común que los niños leyeran este tipo de obras. Lo excepcional del caso de Alfonso Reyes no radica en lo que leía, sino en el hecho de que el ejercicio de leer estuviera tan ligado al de escribir: "El peligro de aprender a leer está en que se da en escribir, y por escribir me

dio muy pronto; y el ser escritor llegó a parecerme el oficio más natural del mundo, o mejor aún, función tan indispensable como el comer y el beber".⁷¹

Durante su primera estancia en la ciudad de México, Alfonso Reyes fue inscrito en el Liceo Francés, institución que le dejaría el conocimiento de la lengua y la cultura francesas. De regreso a Monterrey asistió al Colegio Civil de Nuevo León, donde aún privaban la tradición liberal, el nacionalismo de Altamirano y el amor hacia los "filtros exigentes" de los cánones clásicos. Fuera de las aulas, pudo gozar de una vida cultural por encima del promedio de la provincia mexicana. Regularmente desfilaron por la ciudad compañías de teatro; la ópera italiana llenaba el teatro Juárez y, gracias al periódico *El Espectador*, era posible estar al tanto de las innovaciones poéticas del modernismo.⁷²

Aun así, el clima cultural de Monterrey resultaba asfixiante para un adolescente cuyas pretensiones iban más allá de ser un consumidor pasivo de los productos culturales, medianamente informado de las novedades. Metido en su "jaula invisible", recorriendo una órbita aparte a la de sus amigos y familiares,⁷³ Alfonso Reyes partió a la ciudad de México en búsqueda de nuevos horizontes. Habría de encontrarse con una Escuela Nacional Preparatoria al borde del derrumbe, sin la vitalidad y el esplendor de sus primeros años.⁷⁴ "La enseñanza de las letras se había reducido a un mínimo oprobioso y ridículo. Ya nadie sabía cómo enseñar la literatura, y los programas no consentían verdaderos cursos de historia literaria. El caro maestro Sánchez Mármol se permitía algunas discretas incursiones en la preceptiva, y más bien obraba por radiación atmosférica y aura personal." Luis G. Urbina "...nada más se quitaba la clase de encima con cierta graciosa desgana", mientras que "Saldo Alvarez, escritor de fuste, hacía que los muchachos le leyeran, a la bochornosa hora de la siesta, algún drama de Galdós que le aburría hojear a solas".⁷⁵ La excepción era Manuel G. Revilla, cuyo dictamen era tan infalible como su generosidad para con sus discípulos.⁷⁶

El verdadero acceso de Alfonso Reyes a la vida literaria se produjo en 1906, cuando conoció a los poetas y ensayistas del consejo de redacción de *Savia Moderna*.⁷⁷ En torno a dicha revista se había agrupado la pléyade de escritores, filósofos y artistas plásticos que comenzaba a destacar en el campo cultural de la ciudad de México.⁷⁸ Más que una doctrina común, lo que unía a estos jóvenes era el propósito de desarrollar su propia personalidad, así como el de abrir un espacio para la expresión de todas las corrientes.⁷⁹ Los vinculaba, también, su desencanto —que no franca rebeldía— con respecto al positivismo.

Aunque *Savia Moderna* vivió poco —menos de un año— “sirvió para dar voz a un tiempo nuevo” y como lugar para el encuentro de los amigos que darían cuerpo a la Sociedad de Conferencias y Conciertos⁸⁰ y, más tarde, al Ateneo de la Juventud.⁸¹ Del cuantioso elenco que colaboró en sus páginas se fue formando un pequeño cenáculo dedicado a cultivarse, intercambiar lecturas y discutir. El alma de las reuniones era Pedro Henríquez Ureña; entre los asistentes más asiduos estaban Jesús T. Acevedo, Antonio Caso, Alfonso Cravioto, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Reyes y, a partir de 1908, Julio Torri. Genaro Fernández MacGregor y José Vasconcelos circundaban la periferia de este grupo, sin formar parte de su núcleo.

La lectura compartida fue la experiencia grupal más poderosa de estos aprendices, quienes no tuvieron una figura tutelar detrás de la cual cerrar filas ni un programa político que defender. La falta de instituciones académicas donde adquirir una formación especializada obligó a los jóvenes a crear espacios no institucionales donde aprender el oficio.⁸² Como una especie de protestantes modernos, acudieron directamente a los textos, sin los filtros ideológicos ni la censura inquisitorial de los maestros. Ello fue posible gracias al crecimiento de un mercado editorial puesto al día en la moda europea, abierto a las novedades literarias latinoamericanas y pendiente de los productos culturales del país. Las hazañas del Ateneo en materia de lectura no hubieran sido

posibles sin el desarrollo de los medios de producción y distribución de la palabra escrita. Basta revisar el catálogo de publicaciones de la viuda de Charles Bouret para valorar la deuda de los ateneístas con el mercado de libros de su época.

El taller de Jesús T. Acevedo y después las casas de Antonio Caso y Alfonso Reyes eran los centros de reunión para la tertulia. Ahí se leía y comentaba a los filósofos condenados como inútiles por el positivismo (Boutroux, Schopenhauer, Kant, Nietzsche, Schiller, Lessing, William James, Bergson, Hegel), algunos de los cuales habrían de marcar el pensamiento de esta generación. En la literatura se volvió a la repudiada España y a las raíces de las letras latinoamericanas modernas. Asimismo, gracias a Ricardo Gómez Robelo se leyó a autores ingleses y norteamericanos prácticamente desconocidos en nuestro país. José Vasconcelos aportó las traducciones en inglés de Yaivanalki y Buda. Hay que agregar a esta lista las obras producidas por los miembros del grupo, quienes encontraron en sus condiscípulos a los mejores críticos e interlocutores.⁸³

A principios de 1908, tras la presentación de una primera serie de conferencias, los ya para entonces inseparables amigos se dieron a la tarea de leer a los clásicos griegos, en los que encontraron la “inquietud del progreso, el ansia de perfección, el método, la técnica científica y filosófica, el modelo de disciplina moral y la perfección del hombre como ideal humano”.⁸⁴ El encargado de elaborar el programa de lecturas y vigilar que se llevara a cabo fue el “Sócrates” del círculo, Pedro Henríquez Ureña⁸⁵ cuyo espíritu “formalista y académico” se imponía sobre los demás. Pedro Henríquez Ureña, dice José Luis Martínez, “estaba persuadido de que ninguna obra intelectual es producto exclusivamente individual, ni tampoco social, sino que es obra de un pequeño grupo que vive en alta tensión intelectual; de un grupo muy unido, que se ve todos los días por horas y trabaja en todo activamente”.⁸⁶ Su magisterio encontró terreno fértil en aquellos jóvenes que por ese entonces vivían “días alciónicos”, de aprendizaje y búsqueda continua.

El método de lectura puesto en práctica durante estas veladas, en las que cada quien aportaba textos, críticas y obsesiones, recuerda al de los humanistas de finales de la Edad Media y principios del Renacimiento, espléndidamente descritos por Jacques Le Goff.⁸⁷ Su fuente más remota de inspiración era socrática, pero tenía rasgos característicos de la lectura extensiva posterior al desarrollo de la imprenta y la consecuente expansión del libro como objeto de consumo.⁸⁸ La cantidad y diversidad de los materiales leídos confirma el éxito del método extensivo, lo cual no excluía que se leyera intensivamente, volviendo una y otra vez al texto para extraer nuevas enseñanzas o gozar de nuevo un pasaje. Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña recuerdan haber participado en una sesión de lectura de *El Banquete* en la que cada uno de los discursos fue leído por un convidado distinto.⁸⁹ Según Antonio Caso, *La crítica de la razón* fue analizada párrafo por párrafo, deteniéndose a veces en un renglón.⁹⁰ La polémica podía prolongarse hasta el amanecer y tomar cauces imprevisibles: parapateados en sillones *art-nouveau*, José Vasconcelos y Alfonso Reyes estuvieron a punto de arrojarse los tinteros para dirimir sus diferencias de opinión sobre Goethe.⁹¹

Sobra decir que los ateneístas eran más que amantes incondicionales de los libros o simples aficionados que leían sólo por el placer que dicha actividad les reportaba. Los libros eran su universidad, instrumentos esenciales en el aprendizaje del oficio de escribir y punto de partida para el despliegue de sus ideas. A diferencia del lector común, de la mayoría silenciosa, nuestros protagonistas intentaban transmitir sus experiencias y juicios en torno a los textos consultados.⁹² Asimismo, compartían el deseo de crear nuevas obras a partir de los estímulos y el ejemplo recibidos a través de la lectura.

En su recorrido por los símbolos escritos, no todos los personajes aquí estudiados tenían las mismas inquietudes ni partieron de iguales condiciones para acceder al conocimiento. Lejos de disolverse, las diferencias culturales

entre ellos se acentuaban conforme más ponían en juego sus necesidades momentáneas y proyectos al futuro. José Vasconcelos y, en menor medida, Genaro Fernández MacGregor, estaban marcados por las carencias del “espíritu provinciano”: la autosobreevaluación, la falta de autocrítica, el exceso declamatorio y los esquematismos.⁹³ Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, por el contrario, intentaron combatir la improvisación sometiendo a las exigencias académicas, el entrenamiento sostenido y el diálogo crítico. Con el transcurrir de los años, estas formas diferentes de apropiarse, usar y validar la letra impresa quedarían separadas por brechas intransitables.

A diferencia de los otros sujetos de este ensayo, José Vasconcelos optó por la filosofía, disciplina a la que deseaba nada menos que “reordenar del todo” mediante una “síntesis de las conclusiones parciales de todas las ciencias a efecto de construir con ellas una visión coherente del cosmos”.⁹⁴ Con más entusiasmo que disciplina, pasión que conocimiento, acudió a los filósofos y profetas del antes y del momento que, según su perspectiva, habían transformado el sentir y la conducta de los hombres. Carente de una cultura literaria, tan apasionado en sus lecturas como en su conducta, medía la calidad de los libros de acuerdo con la intensidad, la plenitud, el júbilo o el sufrimiento que le provocaran. Si un texto llegaba a conmoverlo era porque aludía a una experiencia personal, un momento y un sentir de su vida, y no debido a sus valores literarios. Clasificaba los libros en dos grandes rubros: los que leía sentado y los que leía de pie. Por más amenos, instructivos, bellos e ilustres que resulten, los primeros no “causan sobresaltos, no hacen palpar la conciencia ni generan inquietudes”. Los segundos, en cambio, “obligan a levantarse y revelan un nuevo aspecto de la creación”. Entre estos últimos, José Vasconcelos citó a la tragedia griega, Platón, la filosofía indostánica, los Evangelios, Dante, Wagner y Schopenhauer.⁹⁵ Habría que añadir el nombre de Nietzsche, cuya influencia sobre el joven Vasconcelos fue decisiva.

Más allá de sus diferencias ideológicas, la

mayoría de los autores y las obras arriba mencionados tienen un elemento común: el tono profético de su discurso, mismo que sigue en mucho el modelo de las primeras lecturas religiosas y que fue adoptado por José Vasconcelos tanto para el desarrollo de su pensamiento como para la inspiración trágica de su propio personaje.⁹⁶ Su propósito es persuadir, no argumentar, mediante oposiciones pragmáticas como debilidad y fortaleza, el bien y el mal (*Evangelio*),⁹⁷ lo apolíneo y lo dionisiaco (Nietzsche),⁹⁸ la ciencia y el arte (Schopenhauer y Wagner). La trama narrativa pierde valor, e incluso puede ser inconsistente; lo fundamental es la arenga, que combina el poder retórico de las palabras con la simplicidad del sermón.

Los casos de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña muestran la otra faceta del Ateneo, aquella que aportó a la cultura mexicana moderna el ejemplo del trabajo intelectual como producto de un esfuerzo sostenido, disciplinado y exigente, abierto al mundo, crítico. Su estudio nos permite seguir el camino recorrido para llegar al manejo de una profesión, de entregarse al ocio creativo de la inteligencia. Se trata de un recorrido en el que los libros y la lectura compartida desempeñaron un papel estelar. El gusto por la letra impresa y la disposición a expresar por escrito las reflexiones en torno a lo leído fueron piezas claves en la educación de estos intelectuales, quienes dejaron testimonios de sus aventuras con los libros en su correspondencia de aquellos años.⁹⁹ En ella podemos encontrar tanto los títulos de los textos consultados como los juicios y pareceres acerca de ellos. Podemos entrever, además, los avatares de una relación en la que el primero cumplió el rol del maestro que alienta y reconviene, mientras que el segundo asumía el del discípulo aventajado.¹⁰⁰

La simple enumeración de los textos mencionados en las cartas correspondientes a los años 1907-1911 ocuparía más de una página, de modo que sólo citaré aquellos que, a mi parecer, tuvieron mayor importancia. En primer lugar, los clásicos griegos y sus exégetas (Müller, Murray, Ruskin). Después los filóso-

fos alemanes, Nietzsche, Schopenhauer y Kant, así como los grandes de la literatura española del Siglo de Oro y sus estudiosos, Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal. De la cultura francesa destacan en el ámbito de la filosofía los nombres de Taine y Boutroux, mientras que en el de la novela el de Flaubert. En el terreno de la poesía, los favoritos eran Verlaine, Veron, los parnasianos franceses y los modernistas latinoamericanos; en el de la novela, Wilde.

Un estudio más detallado de este diálogo con los libros debería incluir el rastreo de aquellas revistas especializadas, nacionales e internacionales, a las que acudían Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, sobre todo este último, para estar al tanto de las novedades, seguir el desarrollo de las polémicas literarias y encontrar orientaciones ausentes dentro del campo intelectual mexicano. El contacto con este tipo de materiales y el intercambio con especialistas de otros países fue determinante en los progresos de Pedro Henríquez Ureña, quien era capaz de cualquier sacrificio para adquirir la edición precisa de un texto, e incitaba a su amigo y discípulo para que abriera los ojos hacia lo que se hacía en otras naciones. En sus cartas, hay constantes referencias a encuentros de nuevos autores, así como a hallazgos editoriales, tesoros desenterrados en bibliotecas y cacerías de materiales de escasa circulación en nuestro país.

El ejercicio cotidiano de la lectura acompañó a Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes en su búsqueda de un estilo personal de comunicar sus ideas, juicios y emociones. La experimentación de este estilo, a su vez, desarrolló en ellos su capacidad de leer, de interpretar en forma reflexiva los textos y de colocarlos dentro de un esquema de valores y preferencias.¹⁰¹ Mientras más avanzaban en este aprendizaje, más severos eran sus juicios para con su obra y la de los otros, mayores sus exigencias y más refinadas sus opiniones. Pedro Henríquez Ureña releyó los poemas de su antiguo maestro y padrino, Emilio Prud'Homme, mismos que le causaron una profunda decepción. Alfonso Reyes, por su parte, se quejaba de los gustos literarios de don Bernardo, quien adquirió el

vicio "de maltratar libros sin haberlos leído".¹⁰² Ambos, en particular el primero, solían burlarse de los "residuos salvajes" que perduraban en la intelectualidad latinoamericana.

Los lazos afectivos y la complicidad existentes entre los miembros del grupo no impedían el ejercicio libre de la crítica ni el empleo de mecanismos para excluir a quienes no habían logrado los niveles de excelencia que se pretendía alcanzar en las actividades promovidas por la Sociedad de Conferencias y Conciertos y, más tarde, el Ateneo de la Juventud. Uno de los blancos predilectos de ataque fue Genaro Fernández MacGregor, cuyas peripecias con los libros ocupan una porción considerable de su autobiografía. En su trayectoria intelectual siguió una ruta similar a la de José Vasconcelos, aunque sin el toque apasionado de éste. Muy lejos estaba, sin duda, del rigor academicista de Pedro Henríquez Ureña o de la potencia creadora de Alfonso Reyes. Su caso es equiparable al de aquellos deportistas que no consiguen situarse en los primeros lugares, ni sorprender momentáneamente al público con una jugada genial.

El análisis de los hábitos de lectura de Genaro Fernández MacGregor indica la existencia de cambios en el qué y el cómo leía la gente. El desarrollo de la imprenta, aunado al proceso de secularización de la vida social, favorecieron el surgimiento de un tipo de lector antes recluso en los seminarios: el lector solitario, abstraído del entorno, enfrascado en un diálogo permanente e interno con los textos. En sus memorias, Genaro Fernández MacGregor responsabiliza a los libros de haber acentuado en él sus tendencias innatas hacia la introspección, la timidez y la misantropía, así como su gusto por coleccionar objetos. Al darle acceso al conocimiento, incitarle a realizar viajes imaginarios y despertar en él la pasión por el arte, los libros lo orientaron hacia una forma de vida. A los catorce años de edad dejó de leer sólo para divertirse; en adelante, leería para educarse, "para sentir la emoción estética y comulgar con los genios humanos que legaron a la posteridad obras inmortales".

Cuando ingresó al círculo del Ateneo, Genaro

Fernández MacGregor había pasado por una crisis mística que encontró salida momentánea en el positivismo. Para entonces, se encontraba bajo el encantamiento de los pensadores pesimistas que tanto influyeron a su generación. Leía todo lo que llegaba a sus manos, en especial sobre temas filosóficos, disfrutaba la vida estudiantil de disipación y placeres reprimidos, escribía poemas e intentaba actuar conforme a los cánones de la bohemia urbana. Su salario como secretario de ministro le permitía satisfacer sus aficiones de bibliófilo en las librerías del centro de la capital, donde se congregaba lo más selecto de la *intelligentia* porfiriana.

Al igual que la mayoría de sus compañeros, Genaro Fernández MacGregor fue autodidacta, con todas las limitantes, pero también las libertades, que esto implica. Encontró en la lectura indicaciones para normar su conducta y dotarla de un sentido novelesco (mientras más trágico, mejor). Leyó a Nietzsche y Schopenhauer en un momento decisivo, cuando la ciencia había dejado de darle respuesta a sus inquietudes. Goethe lo acompañó durante aquellas noches de vela obligada junto a la cama de su moribundo padre. Dolido por el desprecio de su prima, releía una y otra vez a los poetas románticos, en los que se inspiró para escribir poemas de amor.¹⁰³

Los casos estudiados en este ensayo muestran cómo los libros penetraron en el mundo cotidiano de ciertos sectores sociales privilegiados del México prerrevolucionario y cómo los ayudaron a encontrar nuevos significados a las cosas que más les importaban de su existencia: el amor, la religión, la amistad y el trabajo. Hoy en día, sus formas de leer quizá nos resulten extrañas. Los lectores de ahora seguramente podemos sentirnos más fácilmente identificados con Alfonso Reyes o Pedro Henríquez Ureña que con José Vasconcelos o Genaro Fernández MacGregor. Los primeros anteceden y prefiguran al prototipo del lector académico moderno; los segundos, en cambio, remiten a prácticas culturales actualmente en desuso, por lo menos entre los núcleos urbanos ilustrados.

La diversidad de los hábitos de lectura de nuestros cuatro protagonistas, de la apropiación que hacían y el uso que le daban a la letra impresa, sugiere que no existía en aquel entonces, como no existe en la actualidad, una manera única de leer. Ello pone en duda las generalizaciones que han hecho algunos especialistas en la materia, así como los intentos por definir etapas secuenciales en el desarrollo histórico de la lectura. Como vimos, en una época dada pueden coincidir —sin ser excluyentes entre sí— las más diversas formas de leer: desde aquellas originadas en tiempos remotos hasta las propias del momento. Los personajes aquí analizados recurrían tanto a la lectura intensiva como la extensiva, a la oral y la silenciosa, a la individual y la colectiva, a la secular y la religiosa. Las predilecciones por una u otra forma variaban en función de los recursos económicos, los escenarios geográficos y familiares, la orientación ideológica y los

niveles de cultura de los sujetos. Pero aun si pudiéramos comprender del todo los antecedentes sociales de cada individuo, la estructura de su sistema cultural seguiría siendo una incógnita.

Quedan aún por hacer investigaciones más profundas sobre estos temas y muchos más seguramente pasados por alto. Lo fundamental es llamar la atención acerca de la necesidad de internarse en la historia del libro y de la lectura en México, de experimentar nuevos métodos para su estudio y sugerir preguntas. Durante años, los historiadores de la cultura mexicana —escasos en comparación con aquellos que se dedican a los asuntos políticos y económicos— se han preguntado cómo entendían el mundo nuestros antepasados, cuáles eran sus herramientas para enfrentar los problemas cotidianos. Analizar qué, cómo y para qué leía la gente puede ser un gozoso camino hacia la resolución de este acertijo.

Notas

¹ Julio Torri-Alfonso Reyes, "Epistolario", Zaitzeff, S. (comp.), *Diálogo de los libros*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 179-261.

² La Revolución de 1910 había traído el desasosiego y la incertidumbre hacia el futuro. En la ciudad de México, y obligado por las cambiantes circunstancias, Torri ascendía y descendía los escaños del laberinto burocrático. En París y posteriormente Madrid, Alfonso Reyes trabajaba a destajo, en respuesta a todo tipo de ocurrencias y pedidos. El primero supo hacerse de un pequeño coto de vicios y placeres: los libros, las amistades y el amor. El segundo habría de granjearse un lugar único dentro de un medio también único: el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Véase: Enrique Krauze, "Nuestro hermano el Diablo", *Caras de la Historia*, México, Joaquín Mortiz, 1990, pp. 86-101; Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, México, El Colegio de México-Gobierno del Estado de Nuevo León, 1990, pp. 73-152; Héctor Perea (comp.), *España en la obra de Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 7-40.

³ Enrique Krauze, *op. cit.*, pp. 88-101.

⁴ Julio Torri, *op. cit.*, pp. 259-260.

⁵ Alfonso Reyes, *op. cit.*, pp. 260-261.

⁶ Humberto Batis, "Vuela el día (Recuerdo de Julio Torri)", *Universidad de México*, vol. XLIV, núm. 461, junio de 1989, pp. 35-37.

⁷ Serge Zaitzeff, "Julio Torri y su gambusino. Entrevista a...", *idem*, pp. 35-37.

⁸ Genaro Fernández MacGregor, *El río de mi sangre. Memorias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, pp. 174-177.

⁹ Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 216-267.

¹⁰ La selección de los sujetos obedeció, de hecho, a la riqueza y variedad de sus testimonios personales acerca del tema estudiado, y no a su "representatividad".

¹¹ Pese a las diferencias de edad existentes entre los cuatro personajes elegidos, este periodo puede ser caracterizado como el de su formación primaria y profesional. Véase: Susana Quintanilla, "La formación de los intelectuales del Ateneo", *Historias*, núm. 26, abril-septiembre de 1991, pp. 89-103.

¹² En los últimos años, la historia del libro y de la lectura ha tenido un desarrollo notable. Dejó de ser una actividad marginal de unos cuantos especialistas para convertirse en un campo de estudio reconocido. Diversas escuelas historiográficas lo han venido trabajando; destacados historiadores han encontrado en él un terreno fértil para el análisis histórico de la cultura, las mentalidades y la vida social. Véase: Geneviève Bollème, *Livre et société dans la France du XVII^e siècle*, Paris, Mouton, The Hague, 1965; Roger Chartier, *The Culture of Print. Power and the Uses of Print in Early Modern Europe*, Princeton, University Press, 1989; Miriam Chrisman, *Lay Culture, Learning Culture: Books and*

Social Change in Strasbourg 1480-1559, New Haven, Yale University Press, 1982; Robert Darnton, *The Kiss of Lamourette. Reflections in Cultural History*, New York/London, Norton, 1989; Harvey Graff, *The Legacies of Literacy: Continuities and Contradictions in Western Culture & Society*, Bloomington, Indiana University Press, 1987; Hont Lynn (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley/Los Angeles, London, University of California, 1989; Robert Mandrou, *De la culture populaire aux XVII^e et XVIII^e siècles; La bibliothèque bleue de Troyes*, Paris, Imago, 1985.

¹³ Estudios recientes acerca de los hábitos de consumo de los bienes culturales han mostrado la importancia que tiene el contacto temprano de los sujetos con la letra impresa. Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1991.

¹⁴ Gabriel Zaid, *De los libros al poder*, México, Grijalbo, 1988, pp. 15-28.

¹⁵ Milada Bazant (comp.), *Debate pedagógico durante el porfiriato*, México, SEP-Caballito, 1985.

¹⁶ Françoise Xavier Guerra, *México, del Antiguo Régimen a la Revolución*, tomo 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, pp. 669-696.

¹⁷ Denise Escarpit, *La literatura infantil y juvenil en Europa. Panorama Histórico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 53-82.

¹⁸ David Brading, "Mito y profecía en la Historia de México", México, *Vuelta*, 1988, pp. 134-158; María Teresa Bermúdez, "Las leyes, los libros de texto y la lectura, 1857-1876", *Historia de la lectura en México*, México, El Colegio de México, 1988, pp. 127-152.

¹⁹ Manuel Ceballos, "Las lecturas católicas: cincuenta años de literatura paralela, 1867-1917", *idem*, pp. 153-204.

²⁰ Jean Pierre Bastian, "Protestantismo y sociedad en México", *Historia Mexicana*, núm. 33, 1983, pp. 39-71.

²¹ Milada Bazant, "Lecturas del porfiriato", *Historia de la lectura en México*, pp. 207-209.

²² Margit Frenk, "Entre leer y escuchar", *Nexos*, vol. XI, núm. 130, octubre de 1988, pp. 5-8.

²³ En aquel tiempo era común la publicación y el uso de libros para niños escritos en verso. Véase: Agustín Grosselin, *Manual de la fonominia o método de enseñar a leer y escribir en 4 meses, por la voz y el gesto*, San Luis Potosí, Tipografía de la Escuela Industrial Miliar, 1901; Pedro Coyula, *La ciencia en verso, poema didáctico. Obra que como libro de lectura, pudiera sustituir las fábulas en las escuelas*, México, Tipografía de la Secretaría de Fomento, 1884.

²⁴ Genaro Fernández MacGregor, *op. cit.*, pp. 81 y 92.

²⁵ *Idem*, pp. 66-68.

²⁶ José Vasconcelos, *Ulises criollo*, tomo 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 19, 39-40.

²⁷ Genaro Fernández MacGregor, *op. cit.*, p. 66.

²⁸ También los personajes a emular variaban de acuerdo con las creencias y la rutina familiares. José Vasconcelos solía representar el papel de sacerdote; Alfonso Reyes, en cambio, el de mariscal.

²⁹ José Vasconcelos, *op. cit.*, pp. 44-46.

³⁰ *Idem*, pp. 42-44.

³¹ Para su padre, los anglosajones eran unos salvajes sin refinamiento ni intereses de orden espiritual.

³² Alfonso Reyes, *Albores. Segundo libro de recuerdos*, México, El Cerro de La Silla, 1960, p. 85.

³³ *Idem*, pp. 77-79.

³⁴ Pedro Henríquez Ureña fue a la escuela por primera vez a los once años. El director del Liceo Dominicano, Emilio Prud'Homme, era amigo de sus padres y su padrino de confirmación.

³⁵ Max Henríquez Ureña, "Hermano y maestro: recuerdos de infancia y de juventud", Pedro Henríquez Ureña, *Universidad y educación*, México, UNAM, pp. 9-33.

³⁶ Alain Corbin, "Ocios solitarios y tesoros secretos", Ariès y G. Duby (comps.), *Historia de la vida privada*, vol. IV, Madrid, Taurus, 1989, pp. 495-507.

³⁷ Además de las lecturas religiosas y los manuales de geografía e historia ya mencionados, había leído *La Iliada*, las *Fábulas* de Samaniego y los *Dramas* de Calderón. En la escuela de Eagle Pass tuvo contacto con autores ingleses y norteamericanos. José Vasconcelos, *op. cit.*, pp. 34 y 44.

³⁸ A esa época corresponden las siguientes lecturas: obras de antropología, geografía y magia; dos volúmenes de Augusto Nicolás sobre la Inmaculada Concepción; los dramas de Shakespeare; *El genio del cristianismo*, de Chateaubriand; *Tartarin de Tarascón*, de Daudet; *Pablo y Virginia*, de Bernardino de Saint-Pierre; *Los girondinos* y *Graciela*, de Lamartine; *María*, de Jorge Isaacs; *Vidas paralelas*, de Plutarco; *Historia Universal*, de Dury, y los textos de Julio César. *Idem*, pp. 96-97, 101, 103, 114-115, 117-118, 120-121.

³⁹ *Humboldt, El hombre y la tierra*, de Reclus, Buffon y Cuvier, e *Introducción a la medicina*, del doctor Bernard. *Idem*, pp. 130-131 y 162.

⁴⁰ Mesmer, Karek, Charcot y Flournoy, *idem*, pp. 161-162.

⁴¹ Yves Bonnefoy, "Apartar la mirada de la lectura", *Biblioteca*, núms. 6-7, diciembre de 1991, pp. 3-10.

⁴² José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 125.

⁴³ Roger Chartier y H. Martin, *Histoire de L'édition française. Le temps des éditeurs. Du romantisme à la Belle époque*, Paris, Promodis, 1985.

⁴⁴ José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 96.

⁴⁵ Eric Auerbach, *Mimesis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, pp. 9-54.

⁴⁶ Se inició en la lectura por medio de los cuentos y las rimas. Posteriormente, su padre le regaló folletos de periódicos infantiles en los que había versos de José Rojas y otros autores, así como problemas de matemáticas y episodios de historia. En el terreno religioso, leyó a Fleury, Ripalda y biografías de santos. Ya adolescente, leyó *María*, de Jorge Isaacs, y las novelas de Wood. Junto con su hermano, comenzó a formar una biblioteca, misma que contenía las obras de Zorrilla, de Abelardo López de Ayala, de Gaspar Núñez de Arce, de Velarde y

de Bécquer. Genaro Fernández MacGregor, *op. cit.*, pp. 80-87, 102, 104, 108, 111, 113, 119, 122, 123.

⁴⁷ En sus memorias, Luis Garrido describe la pasión de su padre, empleado de la "Express Wells Fargo", por la lectura. Luis Garrido, *El tiempo de mi vida*, México, Porrúa, pp. 10-14.

⁴⁸ Véase el *Catálogo general de la Librería de J. Ballezá y Cía.*, 1892 y el *Catálogo de las obras de surtido de la librería de la viuda de Charles Bouret*, México, Librería de la viuda de Charles Bouret, 1909-1910.

⁴⁹ De acuerdo con Escarpit, dicha tendencia tuvo su inicio en Europa durante el siglo XVII, con la edición de los cuentos de Perrault y las aportaciones pedagógicas de Comenio, Locke y Rousseau. Según Stone, la comercialización de libros para niños fue posible gracias a los avances sociales y económicos que crearon un gran mercado de clases alta y media baja para este tipo de materiales. Denisse Escarpit, *op. cit.*, p. 10; Lawrence Stone, *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra, 1500-1880*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 211-212.

⁵⁰ Genaro Fernández MacGregor, *op. cit.*, pp. 83-87.

⁵¹ Próspero Alarcón, "Carta pastoral sobre la censura y prohibición de libros", *La Voz de México*, 4 de abril de 1897.

⁵² Fernández MacGregor tuvo una ventaja sobre Vasconcelos: la educación jesuita, puesta en práctica por hombres de cultura vasta y criterios por encima de los que privaban en la doctrina parroquial. El método de lectura practicado en Mascarones no estaba dirigido exclusivamente a la revelación de la verdad divina, sino al aprendizaje razonado del dogma. La enseñanza incluía tanto la lectura comentada de los libros sagrados como el conocimiento de sus exégetas y la discusión de las filosofías "paganas", la de Comte, entre otras, que orientaban el programa educativo estatal.

⁵³ Salomé Ureña fue hija de Nicolás Ureña, destacado intelectual y político de ideas conservadoras. En una época en la que las mujeres estaban destinadas a los quehaceres domésticos, se dedicó a la literatura y a la docencia. Como poeta, produjo varios libros; como profesora, formó a varias generaciones de escritoras. Instaló en su casa el Instituto para Señoritas, primera escuela de Santo Domingo en abrir las puertas de la educación superior al sexo femenino.

⁵⁴ El propósito de la "Sociedad de Amigos del País" era formar dirigentes para la futura patria que habría de levantarse sobre las ruinas dejadas tras dos siglos de orfandad. La nostalgia por el antiguo esplendor de Santo Domingo, el ideal de una gran confederación que agrupaba a las naciones del Caribe y un tímido democratismo orientaron su actividad en todos los frentes de la cultura. Eugenia Revueltas, "Henríquez Ureña, odiseo americano", *Los Universitarios*, núm. 16, 1985, pp. 5-8; Pedro Henríquez Ureña, "Vida intelectual de Santo Domingo", *Obra Crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, pp. 129-131.

⁵⁵ Pedro Henríquez Ureña, *idem*, pp. 131-132.

⁵⁶ Max Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 9-16.

⁵⁷ María Moog-Grünwald, "Investigación de las influencias y de la recepción", Dietrich Rall (comp.), *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*, México, UNAM, pp. 245-270.

⁵⁸ Max Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 16-18.

⁵⁹ Pedro Henríquez Ureña, "Días alciónes", *op. cit.*, pp. 50-51.

⁶⁰ *Ensayos críticos*, La Habana, Imprenta Esteban Fernández, 1985. Publicado en México en *Obra Crítica*, pp. 3-46.

⁶¹ José Luis Martínez, *Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia (1907-1914)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

⁶² José Luis Martínez, "Introducción", *idem*, p. 11.

⁶³ Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 4-44.

⁶⁴ En una carta dirigida a Alfonso Reyes, afirmaba lo siguiente: "esas ideas viejas las comprendo... porque fueron mías y me formaron el ambiente moral. Yo sólo he podido transformar mi mundo intelectual: mi moral, en la parte pragmática, sigue siendo la del imperativo categórico". Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 79.

⁶⁵ Para una crítica a esta concepción, véase: Javier Garcíadiego, "Alfonso Reyes: la definición de su vocación y los avatares políticos familiares", Víctor Díaz Arciniega (comp.), *Voces para un retrato. Ensayos sobre Alfonso Reyes*, México, UAM-Fondo de Cultura Económica, pp. 83-101.

⁶⁶ Alfonso Reyes, "Oración del 9 de febrero", *Obras completas*, XXIV, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 25-26, 30-32.

⁶⁷ Susana Quintanilla, *op. cit.*, pp. 7-16.

⁶⁸ Alfonso Reyes, *op. cit.*, p. 50; "Historia documental de mis libros", *op. cit.*, p. 151.

⁶⁹ Citado por Javier Garcíadiego, *op. cit.*, p. 87.

⁷⁰ José Luis Martínez, *op. cit.*, pp. 11-12.

⁷¹ Citado por Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, México, EUDEBA, pp. 31-32.

⁷² Sobre la vida estudiantil y cultural en la ciudad de Monterrey durante las postrimerías del porfiriato, véase: Nemesio García Naranjo, *Memorias*, 3 vols., Monterrey, s/e, 1963.

⁷³ Alfonso Reyes, "Soledad", *op. cit.*

⁷⁴ Susana Quintanilla, *El Ateneo de la Juventud: trayectoria de una generación*, México, Tesis de Doctorado en Pedagogía, UNAM, 1990, pp. 69-84.

⁷⁵ Alfonso Reyes, "Recuerdos preparatorianos", *Universidad, política y pueblo*, México, UNAM, 1967, pp. 29-31.

⁷⁶ *Idem*, p. 31; "Pasado inmediato", *op. cit.*, pp. 135-136.

⁷⁷ Alfonso Reyes, "Historia documental...", *op. cit.*, 1990, pp. 152-153.

⁷⁸ El infortunado título fue idea del creador y mecenas de la revista, Alfonso Cravioto, quien decidió invertir en la cultura la cuantiosa fortuna heredada por su padre. Entre la lista de colaboradores figuraban los siguientes

nombres: Jesús T. Acevedo, Rafael López, Manuel de la Parra, Eduardo Colín, Roberto Argüelles, Antonio Caso, Marcelino Dávalos, Nemesio García Naranjo y Alfonso Reyes. Entre los artistas plásticos estaban Saturnino Herrán, Jesús Martínez, Roberto Montenegro y Diego Rivera. Desde el cuarto número, Pedro Henríquez Ureña fungió como secretario de redacción.

⁷⁹ "En el umbral", *Savia Moderna*, vol. I, núm. 1, marzo de 1906, p. 1.

⁸⁰ La Sociedad de Conferencias y Conciertos fue fundada en 1903 con el propósito de divulgar la cultura mediante el trato directo con el público.

⁸¹ El objetivo de esta asociación era trabajar en pro de la cultura intelectual y artística de México mediante el desarrollo de diversas actividades, como celebrar reuniones públicas para dar cuenta de trabajos literarios, científicos y filosóficos, organizar discusiones de interés y publicar una revista. Entre sus 58 miembros fundadores estaban los escritores Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Martín Luis Guzmán, Carlos Díaz Dufóo Jr., Rafael López, Ricardo Gómez Robelo, Isidro Fabela y Jesús T. Acevedo. Diego Rivera representó al gremio de los artistas plásticos; Manuel M. Ponce y Julián Rivera a los músicos. Antonio Caso y José Vasconcelos fueron los filósofos del grupo, mientras que Alfonso Cravioto, Alberto J. Pani y Luis Cabrera optaron por la política.

⁸² Susana Quintanilla, *op. cit.*, pp. 101-114.

⁸³ Antonio Caso, "Kant en Argentina y en México", *El Universal*, 17 de febrero de 1939; Camila Henríquez Ureña, "Conversatorio con Camila", *Estudios y conferencias*, La Habana, 1982, p. 634; Pedro Henríquez Ureña, "La cultura de las humanidades", *op. cit.*, pp. 150-156; Julio Torri, "Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña", *Tres Libros*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, p. 170; José Vasconcelos, *op. cit.*, pp. 267-269; "El movimiento intelectual contemporáneo de México", Hernández Luna (comp.), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, UNAM, 1962, pp. 128-129.

⁸⁴ Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 598-600.

⁸⁵ El programa comprendía 40 lecturas: doce cantos épicos, seis tragedias, dos comedias, nueve diálogos, Hesiodo, himnos, odas, idilios y elegias, así como sus respectivos exégetas y comentaristas (Müller, Murray, Ouvré, Peter Bríal y Ruskin).

⁸⁶ José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 17.

⁸⁷ Jacques Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona, Gedisa, 1986.

⁸⁸ La distinción entre lectura extensiva e intensiva propuesta por algunos historiadores ha sido cuestionada por quienes afirman que en un periodo histórico pueden coexistir diversas formas de lectura, algunas originadas en épocas anteriores y otras características del momento. Robert Darnton, *op. cit.*, p. 252.

⁸⁹ Pedro Henríquez Ureña, "La cultura...", *op. cit.*, p. 598; Alfonso Reyes, "Pasado...", *op. cit.*, p. 158.

⁹⁰ Antonio Caso, *op. cit.*

⁹¹ José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 43.

⁹² María Moog-Grünwald, *op. cit.*, p. 255.

⁹³ José Joaquín Blanco, *op. cit.*, p. 37.

⁹⁴ José Vasconcelos, *op. cit.*, pp. 152-153, 245.

⁹⁵ José Vasconcelos, "Libros que leo sentado y libros que leo de pie", *Divagaciones literarias*, México, 1919, pp. 9-11.

⁹⁶ José Joaquín Blanco, *op. cit.*, pp. 35-42; David Brading, *op. cit.*, pp. 201-203; Monsiváis, "El profeta en su cumpleaños", *Excelsior*, 6 de julio de 1974.

⁹⁷ Eric Auerbach, *op. cit.*, pp. 20-21.

⁹⁸ Paul de Man, *Alegorías de la lectura*, Barcelona, Lumen, 1990, pp. 100-157.

⁹⁹ Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 43-146.

¹⁰⁰ José Luis Martínez, *op. cit.*, pp. 14-20.

¹⁰¹ El apoyo de disciplinas auxiliares como la filosofía y la lexicografía fue decisivo en este proceso.

¹⁰² Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 46, 66-67, 84, 92.

¹⁰³ Genaro Fernández MacGregor, *op. cit.*, pp. 64, 122-123, 137, 173-177.

